

Suplicante juntaba sus manos

Anacleta Pelayo

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 2° semestre

Desde el cielo siento tu dolor, madre morena, porque ya no llueve igual. No se aprecia tu imagen solemne tatuada sobre los cueros renegridos, tu estampa junto al camionero y las cumbias, ni tu nombre bendito entregado a los hijos de Adán.

Llega el día de tu cumpleaños y la gente se arrima a rezarte, caminan con el mentón pegado al pecho, arrastrando el paso a lo largo de muchas calles amontonadas de sonidos: se abrumba de truenos que salen del tambor de los danzantes, de voces viejas que cantan y rezan, y de las ondulaciones del papel picado en tonos bandera que se alza colorido sobre las cabezas. Luego los peregrinos entran al templo de tu hijo, para habitarlo de rodillas y llenarlo de adoraciones; te cantan «Guadalupana» para olvidarse de sus pecados y pedirte que intercedas, que les dejes tú las rosas y ellos no piensan dejar nada.

El día avanza tan rápido que casi se ahoga la luz, y tu pueblo volteo hacia arriba buscando la hora de marcharse; con su mirada de ojos cansados encuentran un cielo tupidito de gris y hojas verde pálido que caen arrancadas por el viento. Ahora escúchalos de cerca, madre, son tu nación herida que te baila los últimos rituales del año, e inocentemente hacen llover. Pienso que llueve gracias a la danza, que su tambor, sus pisadas y sus aullidos son los que hacen bajar a la lluvia. Y ahí están las gotas de agua, posándose sobre los penachos cargados de lentejuelas que forman flores, mazorcas, y tu rostro ahí bordado, con largas plumas revoloteando.





Isaac, el inocente, María Christopher Ávila Macías.

Pero todo eso con que te celebran aquí abajo no se escucha con tantas ganas allá arriba, ¿verdad, Morenita? En otros años el agua les quedaba escurriendo de la ropa, te seguían rezando hasta más noche y traían un mariachi. Y ahora, mira a toda esa gente que ya se va; y a la cabeza de todos ellos va doña Lupe, maldiciendo a sus piernas viejas que avanzan a tropezones y no caminan rápido.

—Ya no podía rezarte más, Virgencita, ya no podía. Eras tú o los frijoles que dejé en la estufa, y pos yo no me quiero morir de hambre.

Ya no hay procesión, sólo un soplo quedito de aire que moja, y el sentimiento de tu dolor.